

SAMA. EL FRACASO.

Después de dos vías en escalada clásica en el Peñón de El Cigarralejo (la primera fue "La Culebra" y la segunda fue en la que mi compañero Cano protagonizó una caída de cuatro metros, que fue aguantada contra pronóstico por un empotrador del número dos), nos creemos suficientemente preparados para subir por las Paredes de Leyva.

Lo que sucesivamente voy a contar ocurrió un domingo día ocho de febrero.

Después de la agitada noche y del desayuno-almuerzo cogemos el camino que nos llevará a las paredes de Leyva, también conocidas por los lugareños como "Cortado de Matalascañas". Aquí estamos, frente a la pared, con la ayuda del libro-guía intentamos entrever cual es el itinerario de la vía que vamos a tomar para escalar este día. Una vez visto, nos vemos en la imperiosa necesidad de hacer un ligero paréntesis, coger papel higiénico y ... Estos contratiempos de última hora son causados por el nerviosismo, pero debemos mantener la cabeza fría ante lo que se nos avecina.

Mi amigo y compañero Cano se equipa con todo lo necesario para hacer el primer largo de la vía Sama, a mí me tocará portear el material sobrante. Con el peculiar tintineo de los clavos al rozarse unos a otros, Cano comienza la ascensión, lo veo ágil y con soltura, a pesar del acero que lleva colgado de su arnés y de la relativa dificultad de la vía, me asombra su tenacidad y lo poco que asegura su vida metiendo algún clavo o empotrador cada seis o siete metros de ascensión; no importa, va pisando fuerte. Llega a la primera reunión, y el estómago me da vueltas, un hormigueo recorre todo mi cuerpo, debo empezar a subir. A cada paso que doy me voy asombrando más de la facilidad con que mi compañero ha realizado sus trazadas por este mundo vertical. Este primer largo no tiene mucha historia. Ahora me toca a mí abrir el segundo largo. Comienzo con un poco de miedo, y en consecuencia agarrotado, mis pasos no son naturales ni suaves, avanzo bruscamente, este segundo largo no es tan fácil como el anterior. No encuentro forma de meter seguros, las situaciones no son propicias, algunas rocas se desprenden de la pared, pero sigo progresando, he de hacerlo. He superado un paso de gran dificultad para mí en estas circunstancias, lo que hace que me suba la moral, ahora me voy creciendo a cada paso, salvo un obstáculo, otro, otro... cada vez con más soltura, me siento lleno de energía, ya no hay forma de detenerme hasta llegar a la segunda reunión, mis pasos son firmes, seguros, para mí casi perfectos. Un poco más y haré la reunión, no sé por qué pero algo dentro de mí me dice que debo hacerlo así, y nada menos lejos de la realidad, al superar un pequeño extraplomo encuentro una pequeña instancia para dos personas, y tres clavos oxidados con el paso de los años, que tal vez estuvieran allí antes de mi nacimiento. Ya estoy ahí, exclamo con fuerza: -¡sí señor, he llegado, estoy disfrutando mucho, me siento fuerte, muy fuerte!-, un sentimiento de poder inunda mi pecho, no quepo dentro de mí mismo, cuantas sensaciones en tan poco tiempo, me siento fatigado por el esfuerzo, pero para compensarlo con creces tengo la recompensa de un trabajo bien hecho. Es la hora de que suba

hasta aquí mi compañero de cordada. Una vez más me sorprende, sube rápido, casi sin detenerse, sólo se demora a la hora de recuperar los seguros, hoy se encuentra bien. Al llegar a la reunión, junto a mí coincidimos diciendo él: -esto cansa, pero estoy disfrutando más que un tonto-. Después de un ligero descanso le toca a Cano seguir con el largo tres, lo que se supone va a ser coser y cantar, pues tiene un grado de los más asequibles para cualquiera. Yo ya pienso en la llegada a la cumbre, desde aquí (la segunda reunión) todo es más fácil, pronto llegaremos al punto más alto de la pared y será fantástico, fabuloso, seguro que sentiré algo muy especial cuando llegue al final, porque estando a la mitad ya me siento el rey del mundo, entonces en la cumbre seré el rey del mundo mundial, estoy impaciente ante la llegada de este momento. Cano empieza a subir, al mismo tiempo unos nubarrones tapan el sol, el tiempo empeora repentinamente. Cano va subiendo metro a metro este tercer largo y me va comunicando lo que ve, pero llegado a un punto se detiene, está inmóvil, en silencio, así varios minutos, lo que no es normal, entonces le pregunto: -¿qué pasa Cano?-, y me dice: -tengo miedo-, me quedé paralizado, yo pedía a Dios que no ocurriese nada, entonces yo también fui presa del miedo que se comunicaba por la cuerda como si de un hilo telefónico se tratase. Cano me decía que no podía seguir, había una placa lisa, aquello no era un tercer grado, el nerviosismo se podía palpar en sus palabras, tanto a él como a mí nos temblaban todos los huesos del cuerpo, yo intentaba tranquilizarlo con palabras a la vez que servían para tranquilizarme a mí mismo.

Nos habíamos topado con un problemón con el que no contábamos y en el que nunca nos habíamos encontrado. Ahora y más que nunca era el momento de mantener la cabeza en su sitio y no dejarse apoderar por el miedo, había que encontrar una solución y rápidamente. En menos de cinco minutos se le había dado la vuelta a la tortilla, habíamos pasado del entusiasmo al temor.

Pensamos que lo mejor sería que Cano volviera a la reunión dos y yo probaría a seguir progresando por la pared, así ocurrió. Yo avanzaba por donde anteriormente lo había hecho mi compañero y de sólo pensar lo que le había ocurrido a él, ninguna presa era buena, hasta el mejor de los asideros me parecía inseguro para agarrarme a él. Para colmo de todos los males, a la mitad, la cuerda no corría, se había quedado pillada entre unas rocas, tuve que bajar destreando para sacarla de allí y además mi compañero no hacía más que preguntarme desde la reunión que cómo andaba, yo le decía que estupendamente para no asustarlo pero en realidad estaba no muy bien.

Con todo este cambio tan brusco empezaba a confundir sentimientos, alegría, poder, vitalidad, nerviosismo, temor, etc. Aquella situación era un cúmulo de despropósitos y me tocaba resolverlos. Daba cada paso con pies de plomo, me costaba progresar, parecía que andaba pisando huevos.

Llegado al punto que había llegado mi compañero me encontré como él, solo en aquel lugar que superaba mis límites y que no arrojaba ni un poco de luz a nuestro futuro. Amargamente había que aceptar la realidad, nos habíamos equivocado de vía, la vía Sama transcurre más a la derecha, ésta era mucho más

difícil y no podíamos seguir, había que bajar de allí. Adiós al sueño que habíamos vivido durante el inicio y que parecía iba a ser de final feliz. Nos descolgamos de reunión en reunión haciendo rápel. Una vez en la primera reunión nos detuvimos para ver cuál había sido el fallo, en qué momento nos habíamos desviado, pero no podíamos volver a intentarlo, era demasiado tarde y nos esperaban. Una vez en la base de la pared nos volvimos a parar frente a ella, la estudiamos palmo a palmo para la próxima vez, porque esto no podía quedar así. Nos hicimos la promesa de que la próxima vez que volviéramos íbamos a subir, nos íbamos a jugar el todo por el todo y esta vez la vía sería nuestra para siempre.

Volvíamos al coche cabizbajos, con amargor de boca, el amargor que nos había dejado la montaña, porque la montaña no nos pertenece hasta que no hemos alcanzado su cima y después hemos bajado, mientras tanto nosotros le pertenecemos a la montaña. Pero siempre hay que ver las cosas desde el lado bueno, estábamos vivos y podíamos contarle. Nos servían de apoyo los refranes “es de sabios errar y rectificar” y “una huida a tiempo es una victoria”. Además dimos por sentado que esta no iba a ser ni la primera ni la última vez que nos ocurriera algo semejante, así que valor y al toro que ya vendrán tiempos mejores.

8 de febrero de 1.998

Jose Antonio Rodríguez Sánchez